

posaba perezoso e indigente un pueblo con muy poca cultura.

Juárez es ciertamente un ídolo de la veneración liberal, pero ídolo subjetivo, formado pieza por pieza con subterfugios políticos y material legendario extraído de los volcanes de nuestras ilusiones siempre encendidas, nunca para iluminarnos sino para calcinar nuestro espíritu. El molde en que hemos fundido la figura de Juárez es el inmenso vacío de nuestras ignorancias y en consecuencia la escultura ha resultado colosal. Juárez está en camino de ser un Boudha zapoteca y laico, imponente y maravilloso, emanado del caos intelectual, siempre tenebroso por la ausencia de criterio en nuestras clases ilustradas, por la exuberancia de vanidad de nuestras masas, por la necesidad de catolicismo residual, que busca siempre una imagen, un culto, una piedad para la emoción social desprendida del sentimiento religioso, como la última nube que lanza un mar de ideales que se petrifica rápidamente en el escepticismo idiota, como toda incredulidad exenta de filosofía.

Otra causa que explica la celebridad de Juárez, es su papel en el desenlace solemnemente helénico de la aventura intervencionista é imperial. No había más que un modo de probar que la Nación estaba resuelta á ser independiente; ejecutar á Maximiliano, como contestación á la petición im-

pertinente de los Estados Unidos, formulada por Mr. Seward como una orden en sumo grado imperativa. Indultar á Maximiliano, equivalía en el terreno político á volver á reconocer el cetro de la diplomacia europea, el cadalso de las « Campanas » debía probar la emancipación efectiva de los viejos yugos que nos humillaban. En sí misma la ejecución del Archiduque, era un acto de gran justicia, pesaban sobre él responsabilidades demasiado sangrientas veladas por la hipocresía. Las cortes marciales francesas habían sido para Maximiliano el medio más adecuado para afirmar su trono. Juárez y sus Ministros fueron irreprochables en su actitud inflexible para negarse á toda clemencia.

Ante la observación de la intelectualidad extranjera, lo que sobresale y domina completamente en nuestra guerra de intervención, es el cadalso de Maximiliano; por consiguiente la figura de Juárez, su principal autor, personifica en el exterior la venganza republicana para unos, la justicia para otros, la necesidad para muchos. En la ejecución de Maximiliano hay la satisfacción á un acto de patriotismo, castigar á un príncipe extranjero que decae en el filibusterismo; hay un acto de justicia severo; castigar al fundador de cien cortes marciales horriblemente activas en su obra de sangre; hay un acto político; acabar con el partido conservador en la forma ruda y siniestra que el viejo

conservador Lares había expresado en su carta dirigida á Maximiliano el 9 de Febrero de 1867. « *La situación no tiene más remedio que el exterminio de un partido por el otro* ». En el último acto de la tragedia del Imperio, Juárez es verdaderamente grande, en su actitud de magistrado inexorable lo ha contemplado la humanidad culta; las escenas anteriores se olvidaban ó se borraban por el estremecimiento de la sorpresa que sobrecogió á Europa al saber la ejecución del Archiduque.

*
**

Hay que elogiar la inquebrantable firmeza de Juárez porque no se dejó intimidar, ni corromper, ni desalentar; con lo cual probó gran superioridad moral y ser digno del puesto que ocupaba; mas en cuanto á admirar la inquebrantable firmeza de Juárez por sus sacrificios durante la pretendida *célebre peregrinación*, es casi como si se admira la inquebrantable firmeza de la reina Victoria de Inglaterra por haber permanecido en el trono más de sesenta años. La inquebrantable firmeza en el deber cuando es intensamente amargo, abrumador, mortal, debe admirarse, como ya lo he dicho, sólo en los combatientes, que no dejaron un solo día de presentar sus pechos á las

balas del combate ó de las cortes marciales. Ratifico; no creo que el papel de Juárez durante la Intervención fué inútil ó pequeño, pero niego que le corresponda el primer lugar y censura que en él se le coloque, en detrimento de los verdaderos héroes que murieron peleando, ó que llegaron á vencer por sus inauditos esfuerzos de energía, valor y sacrificios. Juárez empuñaba con dignidad la bandera nacional en una oficina; pero estaba mejor empuñada por los que la sostenían en los campos de batalla y en los campamentos donde todo era miserable, excepto la gran alma de los indomables guerreros.

*
**

El mejor retrato de Juárez debido á la pluma de uno de sus ministros y de sus más leales amigos, está desfigurado por una grave incorrección. En efecto, el Licenciado Don José María Iglesias hace la siguiente pintura de Juárez: « Aunque Don Benito Juárez tenía notoria capacidad y no carecía de instrucción, *ni su erudición, ni su inteligencia eran de primer orden*. Su gran mérito, mérito verdaderamente excepcional, estribaba en las excelsas prendas de su carácter. La firmeza de sus principios era inquebrantable, por sostenerlos estaba siempre dispuesto á todo linaje de esfuerzos

y sacrificios. La adversidad era impotente para dominarle, la próspera fortuna no le hacía nunca olvidar sus propósitos. Tan extraordinario era su valor pasivo que para los observadores superficiales se confundía con la impasibilidad. Honrado á carta cabal, despreció cuantas ocasiones se le presentaron de enriquecerse en su larga dominación. *Si mostró demasiado apego á su permanencia en el poder, obró constantemente á impulso de motivos patrióticos.* »

La gran incorrección de este retrato se encuentra en las dos últimas líneas, porque eran Juárez ó sus partidarios personalistas los que calificaban los motivos patrióticos para perpetuarse en el poder.

En 1867, Juárez expidió su notable Convocatoria para introducir radicales reformas en la Constitución, que eliminando de ella al jacobinismo, la convirtiesen en pieza legislativa de gobierno. Las reformas eran incompletas, pero eran trascendentes y enseñaban que Juárez, Lerdo é Iglesias tenían la convicción de Don Ignacio Comonfort, Gutiérrez Zamora, Juan José, Baz, Don Santos Degollado y León Guzmán, convicción que manifestó Zarco cuando de diputado pasó á ministro; y era que con la Constitución de 57 todo gobierno era imposible. No háy obra más perfecta para plantear la anarquía legal que nuestra Constitución de 57. Condenada la Convocatoria de Juárez por una estridente

é insoportable vociferación jacobina, y condenadas también las reformas que proponía cuando fueron presentadas á la tramitación constitucional, no quedaba á Juárez más que tres caminos que seguir: retirarse á la vida privada; intentar la dictadura ó repetir el ridículo papel que le impuso el jacobinismo desde Mayo de 1861 hasta Mayo de 1863.

Juárez no servía para la dictadura, porque era el modelo correcto de la inacción. Sus mejores amigos como Don Manuel Ruiz, en 1861 reconocían que Juárez carecía de iniciativa; que era más bien un obelisco que un gobernante; Juárez es el foco de las grandes cualidades pasivas y la nulidad irrevocable de las cualidades activas. La probidad, la constancia en la impasibilidad, y el valor pasivo de que nos habla Iglesias, cualidades tan justamente notables en Juárez, son todas ellas cualidades perfectamente pasivas y un dictador no puede existir sin cualidades eminentemente activas. La dictadura es incompatible con la falta de iniciativa, porque no es más que una iniciativa exagerada, absorbente, intransigente, ilimitada, absoluta.

Juárez fué dictador después del triunfo de la Reforma desde Enero hasta Mayo de 1861. Y en ese período demostró, como lo prueba la prensa libre y sensata de la época, su radical incompetencia para un papel que sólo se puede llenar bien con gran carácter, con gran inteligencia y con gran

actividad. La victoria del partido liberal en 1860, obtenida como solución costosa de una guerra de tres años, estuvo á punto de convertirse en derrota, debido á la rara incapacidad del gabinete Zarco, que probaba la incapacidad dictatorial del Presidente Juárez.

*
* *

Juárez no podía ser dictador; tampoco podía ser presidente parlamentario, porque estos seres son desconocidos en los gobiernos estables; tampoco podía ser ya lo que había sido en 1861, el juguete del jacobinismo.

« Dos escritores contribuyeron á formar el espíritu de Juárez : Benjamín Constant y S. C. Roscio (1) ».

Roscio fué un venezolano discípulo de Constant, identificado con las convicciones políticas del gran publicista liberal francés y original en su obra en lo tocante á la cuestión religiosa en sus relaciones con la democracia. Una vez conocido que Juárez se educó como liberal en la escuela brillante de Benjamín Constant, hay que resolver inmediatamente ¿Fué Benjamín Constant jacobino?

E. Laboulaye en su *Introducción á la Poli-*

(1) Juárez, *Exposiciones*, pág. 26. A. Pola.

tique Constitutionnelle de Benjamín Constant, edición de 1872, dice : « Constant vivió durante la Revolución, no amaba ni á la *Convención* ni al Directorio y le causaban horror los jacobinos. »

Nadie ha combatido la omnipotencia de las asambleas legislativas, ideal de los jacobinos y causa de sus fracasos, con más fuerza y lucidez que Benjamín Constant. Las páginas relativas son notables por las novedades que enseñan y sobre todo por el admirable estilo que contribuye á hacerlas memorables.

Juárez debe haberse impresionado para toda su vida con lo siguiente :

Benjamín Constant escribía el año de 1815 :

« El *veto* es un buen medio directo de reprimir la actividad indiscreta de las asambleas representativas, pero empleado á menudo las irrita sin desarmarlas; su disolución es el único remedio cuya eficacia es segura. »

« Cuando no se pone límites á la autoridad representativa, los representantes del pueblo no son los defensores de la libertad, sino los candidatos de la tiranía, y cuando la tiranía parlamentaria se constituye, es más espantosa mientras los tiranos son más numerosos. Bajo una constitución que contiene una representación nacional, la nación no es libre, mientras sus diputados no tengan un freno. »

« Una asamblea que no puede ser reprimida ni contenida es, de todos los poderes, el más ciego en sus movimientos, el más incalculable en sus resultados, aun para los mismos que la componen. Una asamblea sin freno se precipita en excesos que á primera vista parecen excluirse. Una actividad indiscreta sobre todas las cuestiones. Una multiplicidad de leyes sin límite, el deseo de agradar á la fracción apasionada del pueblo, abandonándose á su impulso y aun sobrepasándolo; el despecho que inspira la resistencia que encuentra ó la censura que sospecha; la oposición contra la aspiración nacional y la obstinación en el error; el espíritu de partido que no permite elegir más que entre los extremos; el espíritu de cuerpo que no da fuerzas más que para usurpar; alternativamente la tenacidad y la indecisión, la violencia ó la fatiga; la complacencia por alguno ó la desconfianza contra todos; la fascinación por sensaciones puramente físicas, como el entusiasmo ó el terror; la ausencia de toda responsabilidad moral; la certidumbre de escapar por el número á la vergüenza de la cobardía, ó al peligro de la audacia; tales son los vicios de las asambleas cuando ellas no están dentro de límites que les sea imposible franquear. »

« La Asamblea Constituyente estaba compuesta de los hombres más estimados, de los más ilustrados de Francia, y no obstante, cuántas veces de-

cretó leyes que su propia razón reprobaba. En la Asamblea Legislativa no había cien hombres que quisiesen echar abajo el trono. En toda su carrera, fué, sin embargo, constantemente arrastrada en dirección contraria á sus deseos. Los tres cuartos de los miembros de la Convención tenían pesar por los crímenes que habían manchado los primeros días de la República y los autores de estos crímenes aunque en pequeño número, no tardaron en subyugarla.....

« Es pues necesario que las asambleas representativas existan libres, imponentes, animadas; pero es necesario también que sus abusos puedan ser reprimidos. La fuerza represiva debe ser exterior. Las reglas que una asamblea se impone á sí misma para reprimirse son ilusorias é impotentes. La misma mayoría que consiente á encadenarse por la forma, la despedaza á su antojo y recupera el poder que había abdicado (1). » Estas ideas son las expuestas en la Convocatoria de Juárez de 1867.

Evidentemente que Juárez no pudo ser jacobino, debiendo sus ideas liberales á un enemigo del jacobinismo, partidario acérrimo del parlamentarismo británico, que hace funcionar al liberalismo en Inglaterra como en ninguna parte, con excepción de Suiza. Juárez indudablemente tiene el

(1) Benjamín Constant, *Politique constitutionnelle*, tomo I, págs. 31, 32 y 34.

mérito de ser el primer liberal en el poder que ha tratado de purgar á la Constitución de 1857 de los vicios que la hacen impracticable, no solamente para el pueblo mexicano sino para cualquier pueblo del mundo.

Juárez enemigo del jacobinismo cometió el error de creer posible el parlamentarismo en una República, siendo así que tal sistema de gobierno no es más que una transacción entre la monarquía absoluta y el sistema moderno representativo popular.

*
* *

No teniendo Juárez elementos nacionales ni personales para realizar una dictadura y creyendo que con la Constitución era imposible gobernar, como ampliamente lo prueba su Convocatoria; no siendo posible tampoco el parlamentarismo en una República y mucho menos en una nación sin pueblo político como México; no reconociendo ya Juárez al pueblo mexicano aptitudes democráticas, como lo prueban las observaciones que hizo al proyecto de ley electoral de 1871; no le quedaba más que un recurso para mantener su prestigio y su popularidad: retirarse á la vida privada en 1867 y dedicarse á ejercer su profesión. Desgraciada-

mente Juárez, calcinado por ardiente ambición personal, quiso ir á la dictadura imposible, descarada, lúgubre, famélica. La Federación quedó dividida en Estados amigos, donde florecía el régimen de gobierno africano ó demagógico, y en Estados enemigos que debían soportar el peso de los privilegios concedidos á los Estados amigos. Se exoneraba de todas sus obligaciones constitucionales, sociales y humanitarias á los Estados reeleccionistas; se conspiraba con elementos federales contra los Estados antireeleccionistas. Los movimientos revolucionarios en todo el país tenían que corresponder á una marcha de gobierno revolucionario.

Juárez debía, pues, haberse retirado á la vida privada. Su nombre era ya histórico por su notable comportamiento como Gobernador de Oaxaca; por su liberalismo frente al moderantismo de los revolucionarios de Ayutla; por su puesto prominente en la guerra de Reforma, inferior sin duda al de Don Santos Degollado, pero siempre de primer orden. Pero no es cierto lo que nos dice Don José María Iglesias, que Juárez fué inquebrantable en sus principios. Si era demócrata, no debió nunca hacer elecciones oficiales para reemplazar la voluntad de un pueblo que lo rechazaba ó que le era indiferente. El verdadero inquebrantable en materia de principios fué Ocampo, muerto con la

túnica blanca del apóstol, sin la más ligera mancha que empañara su pureza.

*
**

El temperamento de Juárez fué el propio del indio, caracterizado por su calma de obelisco, por esa reserva que la esclavitud fomenta hasta el estado comatoso en las razas fríamente resignadas, por ese silencio secular del vencido que sabe que toda palabra que no sea el miasma de una bajeza se castiga, por esa indiferencia aparente que no seduce, sino que desespera. Ocampo tenía más inteligencia, más ilustración que Juárez y sobre todo, lo que lo eleva á la altura de un astro, es su decisión para probar siempre que lo último que había para él en el mundo era su persona. Su inmensa popularidad no entraba en su ambición. Pero Juárez tenía sobre Ocampo la suprema cualidad de los ambiciosos, saber esperar; la impaciencia le era desconocida; le faltaban nervios, como á las piedras, y sin embargo, le sobraba voluntad, como á las tempestades. El interior de Juárez no se puede contemplar como el de Ocampo, abierto al público, á todas las generaciones, á la historia, siempre iluminado por imágenes incandescentes é ideas brillantes. Juárez no hacía discursos, ni libros, ni ocupaba la prensa, ni escribía epístolas, ni con-

versaba en la intimidad, ni tenía *esprit*, lo que hace al pensamiento penetrante como un perfume, ni era insinuante, ni expresivo por sus gestos, por su movimiento, por sus miradas; su único lenguaje era el oficial, severo, sobrio, irreprochable, fastidioso, inaguantable; su única actitud la del magistrado escuchando un alegato; su única expresión la ausencia de todas. El aspecto físico y moral de Juárez no era el de apóstol, ni el de mártir, ni el de hombre de estado, sino el de una divinidad de *teocali*, impasible sobre la húmeda y rojiza piedra de los sacrificios.

*
**

En el Ministerio del Presidente de la República Don Juan Álvarez, Juárez y Ocampo tuvieron la representación del porvenir, expresaban la fórmula revolucionaria, sombría, pero necesaria y salvadora. Ambos aspiraban á la Reforma por medios enérgicos, contundentes, categóricos, y sin embargo eran dos hombres muy diferentes, teniendo de común un carácter firme, como una ley matemática; una precisión de ideas constitutiva de un programa rígido, un patriotismo limpio, una fe dogmática. Ocampo, discípulo de Quinet, tenía su temperamento: impaciencias de huracán, cóleras de Océano, imágenes de tumulto, ideas